

DESCONSUELO

SELECCIÓN DE POEMAS



Ramon Llull



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

RAMON LLULL

DESCONSUELO
Selección de poemas



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Ramon Llull

Nació en 1232, en Mallorca, España. Fue creyente de orientación franciscana, filósofo, místico, misionero mallorquín, poeta y teólogo, considerado el primero en utilizar el catalán para mostrar el conocimiento científico, filosófico, técnico y novelístico.

Entre sus obras destacan *Blanquerna* (1286), *Libro del gentil y los tres sabios* (1274-1276), *Libro de los mil proverbios* (1302), *Libro del ascenso y descenso del entendimiento* (1304) y *Vida coetánea* (1311).

Falleció en 1316, en Mallorca, España.

Desconsuelo. Selección de poemas

Ramon Llull

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

DESCONSUELO
Selección de poemas

Desconsuelo

I

Dios: con tu virtud abro este *Desconsuelo*,
y lo hago cantando, por si así me consuelo,
y porque cuento en él el pecado y entuerto
que hace el hombre contigo, que lo juzgarás muerto.
Y cuanto más me consuelo, más se acobarda mi pecho,
pues de dolor e ira es mi ánimo puerto,
y mi consuelo para en grave desconsuelo.
Y así en trabajo estoy a la vez que en recreo,
no tengo amigo alguno que me dé algún consuelo,
sino tan solo tú, por quien gran peso llevo,
cayendo y levantándome, y en tan duro estamento
que nada veo ni oigo que pueda darme aliento.

II

Cuando crecí y sentí del mundo vanidad,
empecé a obrar mal y en el pecado a entrar;
olvidando al Glorioso, seguí carnalidad;
mas plugo a Jesucristo, por su grande piedad,

cinco veces en cruz venírseme a mostrar,
para que, recordándole, me fuese a enamorar,
tanto, que procurase poderle predicar
por todo el mundo, y que se dijese verdad,
de su trinidad y que se quiso encarnar;
por lo que fui inspirado con tan gran voluntad
que otra cosa no amé sino al Señor honrar:
de servirle de grado aquí fue el comenzar.

III

Cuando consideré del mundo el estamento,
cuán pocos son cristianos y cuántos hay incrédulos,
en mi ánimo tuve aqueste pensamiento:
de prelados y reyes partiría al encuentro
y de los religiosos, por tal ordenamiento
que pasaje se siguiera y tal predicamento,
que con hierro y madera y veraz argumento,
de nuestra fe se diera tan grande ensalzamiento
que los infieles fuesen a parar en conversos.
Y tratando este asunto treinta años ya llevo
sin poderlo obtener, de lo que harto me duelo,
tanto que muchas veces llorando languidezco.

IV

Mientras así me hallaba sumido en mi tristeza,
y pensaba a menudo en el gran deshonor
que Dios tiene en el mundo por carencia de amor,
tal como un hombre airado que huye de mal señor,
me fui a un bosque, y en él tanto llanto pasó
y desconsuelo, que me dolió el corazón;
pero, porque lloraba, sentí cierto dulzor,
y porque a Dios hablaba, haciendo a Él clamor,
porque tan poco escucha al justo o pecador
cada vez que lo requieren para tratar su honor;
porque, si más les diese de su ayuda y favor,
convertirían antes el mundo a su valor.

V

Y así estándome yo en mi melancolía,
mirando en derredor vi a un hombre que venía,
un bastón en su mano y gran barba tenía,
y en su espalda cilicio, y que poco vestía.
Un ermitaño por las trazas parecía,
y cuando estuvo cerca, me dijo qué tenía,
qué duelo yo pasaba, de dónde me venía,

si por ventura en algo ayudarme podía.
Yo respondiendo dije que tal ira sentía
que por él ni por otro no me consolaría;
según lo que perdemos es nuestra follonía.
Y, lo que yo he perdido, ¿quién decirlo podría?

VI

El ermitaño dijo: —Ramón, ¿qué has perdido?
¿Por qué no te consuelas en aquel rey divino
que basta a todo aquello que por él ha nacido?
Mas virtud no tendrá aquel que lo ha perdido
para ser consolado, pues harto se ha abatido.
Y, si para ayudarte estás falto de amigos,
ábreme el corazón, dime qué has tenido,
pues, si te flaquea el ánimo o el pensar desabrido,
bien podría pasar que te fuese acorrido,
por mi doctrina, tanto que, si te encuentras vencido,
te mostraré a vencer corazón combatido
por ira y por dolor, si de Dios soy valido.

VII

—Si pudiese, ermitaño, llevar a cumplimiento
el honor que por Dios procuré tanto tiempo,
nada habría perdido ni haría tal lamento,
mas ganaría todo, pues serían conversos
quienes andan errados, y el santo monumento
tendrían los cristianos. Por desfallecimiento
de aquellos a quien Dios dio mayor honramiento
que no quieren oírme, y en muy menguado aprecio
me tienen, y a mis dichos, como aquel que a lo necio
habla, y nada ejecuta según entendimiento;
y así por ellos pierdo todo el procuramiento
por la honra de Dios y de hombres salvamento.

VIII

Traigo además conmigo un *Arte general*,
nuevamente fue dada por don espiritual;
puede por ella el hombre saber lo natural,
según entendimiento alcanza lo sensual.
Derecho, medicina: a todo saber val,
y a teología, para mí más cordial;
a resolver cuestiones ningún tanto val,

y a destruir errores por razón natural:
por perdida la tengo, pues todos quieren ál.
Así me quejo y lloro, y tengo ira mortal:
ninguno que perdiese tan precioso caudal
podría gozar nunca de cosa terrenal.

IX

—Ramón: si lo que a ti te corresponde hacer,
procurando el honor de Dios, y haciendo el bien,
y no eres escuchado y ayuda no tienes
de quienes darla pueden, no por eso debes
despagaros jamás: Dios, que todo lo ve,
te lo agradece tanto, que como hecho es
todo cuanto pides: el recto proceder
del hombre que procura su honor consigue, a fe,
mérito, enmienda y don, y piedad y merced.
Por lo que mucho peca quien retiene en su ser
ira ni desconsuelo, cuando Dios le hace el bien
que concuerda con gozo, con esperanza y fe.

X

Ramón: por tu arte no estés pesaroso,
estate más bien alegre y muéstrate gozoso;
pues que Dios te la ha dado, la justicia y arrojo
la multiplicarán en amadores probos.
Y si tú hoy por ella te sientes amargo,
tendrás en mejor tiempo ayudadores óptimos,
tales, que con su estudio destruirán lo erróneo
de este mundo, y harán hechos muy provechosos.
Por esto, amigo, te ruego que en ti haya confort,
y que no llores más por hechos virtuosos,
sino que te alegres contra hechos viciosos
y de Dios esperes la gracia y el socorro.

XI

Ramón: ¿por qué lloras y muestras mal semblante,
sin querer confortarte en tu mal talante?
Y, porque no lo haces, me haces estar dudoso
de que tan mal estés por pecados mortales;
serías así indigno de hacer cosa que vale;
Dios no quiere por siervo a quien sea culpable.
Y, si no llega a término lo que tanto deseaste,

la culpa no es de aquellos de quienes te quejaste;
Dios no quiere que vaya tu empresa adelante,
si es que en pecado estás, porque de bien tan grande
no puede un pecador ser nunca el principiante,
pues el bien al pecado en nada es semejante.

XII

—Ermitaño: no digo que yo no haya pecado
mortalmente a menudo; bien que me he confesado;
mas, desde que Jesús a mí fue revelado,
en la cruz, según cuanto ahora te he contado,
y a su amor mi querer del todo he conformado,
nunca caí, a sabiendas, en un mortal pecado.
Más bien podría ser que por lo que ha pasado
siendo siervo del mundo, su vanidad amando,
no sea por Jesús a hacer bien ayudado;
pero, si no lo fuese, entuerto haría y pecado
si no quiere ayudarme después que le he amado
y de que por su amor el mundo he abandonado.

XIII

—Ramón, el negligente no sabe el bien tratar;
y negligente está: poco quiere pensar
en lo que acabar quiere. Y así me haces dudar
que el público negocio que quieres acabar
con tan grandes señores, remisos a ayudar,
no se pierde por causa de tu menguado amar,
pues con pequeño amor de gran bien no hay buscar;
si es por pereza tuya, contigo te has de airar;
de tu propia flaqueza a otro no has de culpar,
ni, si es que estás ocioso, te has de desconsolar
por otro, mas por ti, remiso a te esforzar
en hacer cuanto puedas para el Señor honrar.

XIV

—Ermitaño, bien ves si hay ocio en mis acciones
buscando el bien de todos, justos y pecadores,
pues dejé mi mujer, hijos y posesiones,
treinta años pasé en trabajo y langores,
a mis expensas fui a la romana corte,
cinco veces, y aun a los predicadores,
a tres capítulos generales, y a los menores

otros tres generales capítulos; entonces
si supieses qué dije a reyes y señores,
y cómo trabajé, no tendrías temores
de que en este negocio la pereza me estorbe;
me compadecerías, si eres piadoso hombre.

XV

—Ramón, aquel que quiere llevar a cumplimiento cualquier hecho que sea de muy grande estamento, conviene que al tratarlo tenga discernimiento; mas, si no eres discreto en tu entendimiento como el hecho requiere, mostrando enconamiento, te enconas a tuertas y haces reprehensión de quienes son discretos, de sabio pensamiento, y hacen lo que a lo bueno cumple, y a ensalzamiento de la cristiana fe. Por lo que te aconsejo que te consuelas en tu desfallecimiento, pensando que tal vez no convengas al hecho, y humildad y paciencia tengas en tu pecho.

XVI

—Ermitaño, no soy tan rico en discreción que a tan alto cabal alcance mi razón; y si ignorante soy contra él fallador por falta de entender, pues discreto no soy, según requiere el hecho, compadre o compañero que me ayude preciso; ni poca ni de pro encuentro compañía; abandonado estoy

si les miro a la cara por decir mi razón,
escucharme no quieren, dicen que necio soy,
los más, porque les digo semejante sermón.
Mas se verá en el juicio quién tiene discreción
y quién de sus pecados encontrará perdón.

XVII

—Ramón, cuando un avaro quiere algo ejecutar,
lo que quisiera no lo sabe terminar.
De modo que si avaro eres y no quieres dar
de lo que es tuyo, para poder a Dios honrar,
de la codicia tuya te debieras quejar,
pues te empacha ella lo bueno procurar;
o, si dar no puedes, pobreza puede estar
contra tu negocio, y debieras pensar
que los señores más por dar que por rogar
acceden a los ruegos. Te quiero aconsejar
que, si es que dar puedes, piensa pronto en marchar,
pues por el dar podrás toda cosa acabar.

XVIII

—Ermitaño, estad cierto de que no he codiciado
ni dinero ni honores en placer de mi ánimo;
tanto en este negocio de lo mío he gastado
de continuo, y en tal largueza he derrochado,
que empobrecidos quedan mis hijos por tal acto;
así que de avaricia no temo ser retado;
ni mucho puedo dar a los hombres de grado,
pues no soy hombre rico, ni de una ciudad amo;
no me inculpes, en suma, mas tenme excusado;
pues sí señor yo fuese de imperio o de reinado,
daría de lo mío hasta haberlo acabado;
mas el que poco da nunca es bien escuchado.

XIX

—Ramón, la vanagloria hace a sí al hombre amar
para que el hombre haga de sí a otros hablar,
porque les sea caro, y de él haya loar,
y le amen y honren con mucho renombrar.
Si tú trabajas, pues, por el propio alabar,
orgullo y vanagloria te hacen despreciar
por aquellos que deben tu hecho acabar,

tanto que no te querrán ni mirar ni escuchar;
no debe una alta empresa hombre vil procurar
y vil es cualquier hombre que persista en pecar
y que más de lo justo se quiera hacer honrar.
No quieras de tal yerro a otros inculpar.

XX

—Ermitaño, yo no sé por cuál intención
tan mala has tenido de mí cogitación;
pues más debe tenerse en buena presunción
a quien no se conoce, que en mala opinión.
¿Y cómo tú piensas que a tan alta ocasión
pueda darse del todo en quien alguna sazón
no tenga para el caso? Porque si malo soy,
según lo que requieren la natura y razón,
lo contrario querría; de Dios por el perdón,
jamás hubo en mi ánimo ninguna intención
de que por alabanza tuviese tal sermón;
en hombre pecador nunca es bueno el loor.

XXI

—Por ventura, Ramón, tú no eres conocido,
y por eso en la empresa podrías ir vendido;
un tesoro que esté bajo tierra escondido
no conviene que sea deseado o querido.
Si tu saber, pues, así no es percibido,
¿no piensas que por eso no has de ser creído?
Muestra lo que sabes, para ser acorrido
con tu arte y saber; porque un desconocido
por ignorancia no es honrado ni bienquisto.
Y si quieres al hombre de salud en camino
y la honra de Dios, y que no esté perdido
tu saber, has que sea conocido.

XXII

—Ermitaño, ¿piensas que tal saber celase,
con el cual nuestra fe santa el hombre probase
a quienes van errados, porque así les salvase
Dios, que tanto desea que los hombres le amasen?
Más bien tienes por cierto que me harté de mostrarle.
Mas si el hombre mis libros fuertemente estudiase
y por otro saber nunca los olvidase,

bien me conocerían; mas cual gato que pase sobre brasas los leen; por lo que poco se hace de mi negocio en ellos. Mas si alguien se acordase de ellos y, entendiéndolos, nunca jamás dudase, podría, por mis libros, bien del mundo tratarse.

XXIII

—Ramón, todo lo digo para a ti consolar; mas, pues que no te quieres abstener de llorar, bien podría ocurrir que me fuese a enojar. Préstame, empero, oídos; ve si puede llegar lo que pedías al papa; es difícil pensar que sea posible cosa la santa fe probar, ni que se puedan nunca tales hombres hallar que a sí mismos se den para martirizar por sarracenos malos, queriendo predicar. Amigo, no te tienes por qué maravillar si papa y cardenales no te quieren otorgar lo que tú les pides, si no se puede obrar.

XXIV

—Ermitaño, si fe no se puede probar a los cristianos, Dios no podría inculpar si a los infieles no la quieren demostrar, y de Dios los infieles se podrían quejar, porque verdad mayor no deja argumentar para que entendimiento ayude a nuestro amar a amar más trinidad y de Dios encarnar y así a la falsedad más poder contrastar. Escrito he el *Pasaje*, con muy claro mostrar cómo el santo sepulcro se pueda recobrar y cómo se hallen hombres que quieran predicar la fe sin temer muerte y con apto dictar.

XXV

—Ramón, si nuestra fe demostrarse pudiese, el hombre perdería mérito; no conviene que demostrarse pueda, y así bien se perdiese; porque, perdido el bien, mal habría inmanente en la demostración, que el mérito se enfrente, el que nos da creer la verdad, que no viene por fuerza de argumentos, mas por fe solamente.

Mas que el entendimiento humano no contiene de Dios la verdad toda; aquella se mantiene infinita; una cosa finita no la tiene.

Tu razón, así, valer poco parece y, con no consolaros, lo que haces desconviene.

XXVI

—Ermitaño, si el hombre se hubiera a sí creado, lo que quieres probar verdad habría encerrado; mas, pues, Dios creó al hombre por ser por él honrado, que más noble fin es y fin más elevado que el fin que el hombre tiene al ser glorificado, tu razón no vale; antes ya se ha probado que fe puede probarse, si lo has recordado; de que pueda probarse no se sigue que creado contenga y comprenda todo el ente increado, sino que entiende tanto como le ha sido dado, para que el hombre todo con Dios haya colmado voluntad, recordar, entender, poder, buen ánimo.

XXVII

—Ramón, ¿cómo piensas que por el predicar
los sarracenos puedan quererse bautizar,
pues por lo que Mahoma ha querido ordenar
quien de él diga mal salvo no ha de quedar
y sus razones nadie querrá nunca escuchar?
De poca utilidad parece el ir allá.
Sin contar con que el hombre, que no sabría hablar
arábigo lenguaje, por el interpretar
no podría con ellos a gran cosa alcanzar;
y si el lenguaje aprende, harto puede tardar.
Te aconsejo, pues, ir a Dios a rogar,
y en una alta montaña conmigo a contemplar.

XXVIII

—Ermitaño, los moros se hallan en estamento,
tal que quienes son sabios por fuerza de argumento
no creen en Mahoma, y es escaso su aprecio
por el Corán, pues fue su vivir deshonesto.
De modo que vendrían muy pronto a ser conversos,
si gran disputa se tuviese con ellos,
mostrándoles la fe por fuerza de argumento,

y aquellos, convertidos, a otros harían conversos;
aprender su lenguaje requiere poco tiempo
ni es preciso hablar mal de Mahoma al momento.
Y el Espíritu Santo, si hago yo lo que puedo,
hace lo que conviene, dándome cumplimiento.

XXIX

—Ramón, cuando Dios quiera el mundo convertido
nos dará el don de lenguas mediante el Santo Espíritu
y convertirá el mundo, según has oído
de Cristo y los apóstoles; lo dicen los escritos;
y aquella conversión el mundo habrá sentido,
de suerte que los hombres, en un aprisco unidos,
nunca más el redil se verá repartido;
y será redil nuestro, por Dios establecido,
y jamás un pecado será en él consentido.
Y porque en este tiempo todo hombre ha caído
tan gravemente, no quiere en él ejercicio
hacer Dios de milagros, tanto le han ofendido.

XXX

—En todo tiempo Dios verdad amó, ermitaño,
y quiere ser por nos conocido y amado;
por eso nos dio siempre el albedrío franco
de hacer bien y no mal; y sería forzado
si potestad no hubiese en el tiempo en que estamos
de procurar la honra de Dios, y profesando
caridad hacia el prójimo. No quedo, pues, pagado
con lo que me dices; y mucho has pecado
por afirmar que el hombre se encuentra siempre atado,
y que no puede ahora convertir al errado,
ni por Dios puede ser en su honor ayudado.
Por lo que en tu hablar estoy desconsolado.

XXXI

—Ramón, mucho mejor es retener en sí
lo que ya se ganó que irse a convertir
sarracenos malvados, que no quieren oír;
por lo que a los cristianos tal bien se ha de decir
predicando, de Dios, que les haga servir.
Más que nunca sabremos si un bien se ha de seguir
de andar con sarracenos; pues podría ocurrir

que hasta a quien predicase quisieran destruir en su fe; y, lo que es más, sin nunca conseguir hacer buenos cristianos, no sabrían salir de su antigua costumbre. Quieres, pues, preterir tu ira y mudar el deseo que sientes.

XXXII

—Ermitaño, si hubiese pocos predicadores, clérigos seculares, pocos frailes menores, fuesen pocos los monjes, abades y priores, los que dices, serían los consejos mejores. Mas tiene nuestra fe muy valerosos hombres que desean morir para que a Dios se honre, bastante numerosos para entrambos orbes, de ahí mi desplacer; pues los que son mayores no hacen lo que deben en dar de Dios loores. Si no son los conversos de nuestra fe amadores, ya lo serán sus hijos. Dices locura enorme, pues, muriendo por Dios, no pierde nada el hombre.

XXXIII

—Ramón, según he oído, ya muchos han andado a predicar a tártaros y poco han alcanzado, y también a los moros; estoy maravillado de que en tu querer así estés afirmado, pues de una empresa en que otros antes se han fatigado, y mayormente si tanto la han intentado, debe el hombre alejarse si en su juicio está sano, y, si es que no se aleja, lo han de tener por sandio. Por lo que te aconsejo que quieras apiadarte de tu propio cuerpo, que tanto has cansado, y estás en un lugar donde esté reposado, y puedas consolarte de todos tus daños.

XXXIV

—Ermitaño, quien quiere mucho servir y honrar a su buen señor, nunca debería dejar de servirle por nada, ni se debe cansar. Y porque en tu pecho hay carencia de amar, ni a ti mismo ni a otro sabes aconsejar; quien no puede en un tiempo lo que emprende acabar, podrá acabarlo en otro, si bien sabe actuar;

quien comienza un buen hecho, tiene ya el comenzar;
si los primeros poco, los otros harán más.
Por merced, pues, te pido que me dejes estar;
no creo que contigo pueda nada ganar;
cuanto más me dices, más me haces contristar.

XXXV

Ramón se enfolлонó y no quería oír
al ermitaño, que le hablaba de salir
del duelo que pasaba, y comenzó a decir:
—Señor, mi Dios glorioso, ¿hay martirio, decid,
como este que paso: no poderte servir?
No tengo quien me ayude para hacer pervivir
el arte que me has dado, de la que ha de seguir
tanto bien, y podría perderse al yo morir,
porque nadie la sabe bien, según mi sentir,
ni puedo por la fuerza hacerla a nadie oír.
¡Ay de mí! Si se pierde, ¿qué podría decir
a ti que me la has dado para la difundir?

XXXVI

—Ramón, hubo filósofos en los antiguos tiempos que de esta arte que tienes noticia no tuvieron, por lo que no parece cosa de gran provecho; si verdadera fuese, lo habría al comienzo hallado los filósofos, porque su entendimiento más alto fue que el tuyo. Empero, si yo yerro y de Dios la has tenido, tú cometes entuerto al temer que a tu muerte la sepulte el silencio; todo lo que Dios da llega a buen cumplimiento. Mas que de los antiguos, mientras ellos vivieron, no tuvieron sus artes ningún ensalzamiento, antes las ensalzaron quienes a ellos siguieron.

XXXVII

Consolarse quería Ramón, mas fue follón oyendo al ermitaño que tenía opinión de que antiguos filósofos, de la fe sin el don, pudieran ser comienzo de cuanto bueno es hoy para conocer Dios trino y su encarnación; porque ningún filósofo de antes tuvo opinión de que en Dios trinidad hubiese, ni a hombre unión,

ni la obra que Dios tiene en sí en producción
amó ni conoció. Luego, ¿por qué razón
los antiguos filósofos tuvieron más visión
en su entender, que aquellos que después de ellos son,
que tienen ley y creen y esperan resurrección?

XXXVIII

—Ramon, ¿es que no hay modo de verte consolado?
Entiende esta razón y no estés más airado:
¿Le importa a Dios que el mundo no se halle en buen
estado?

Ensalzarle, abajarle, no podrá lo creado,
pues cumplido es en sí; no está necesitado
de criatura alguna; te has de dar por pagado
con verle en perfección de su bondad saciado.
¡Y tú, loco, estás triste, creyendo a Dios menguado
por el mal estamento que en el mundo has hallado!
Loco, ¿es que no te alegras viendo a Dios soberano,
y deja de cuidarte de todo lo creado
porque tu corazón colme Dios no mermado?

XXXIX

—Ermitaño, me hieres con tu consolar;
muy aciago fue el punto en que ti pude encontrar;
de no ser porque temo vergüenza y malestar,
de hoy en adelante ya no te querría hablar.
Pues, ¿cómo me dices que me he de consolar
viendo a Dios ni oír, ni servir, ni recordar,
ni conocer, ni amar? Si bien puede bastar
Dios por sí mismo a mi corazón para amar,
no me basta, pues mucho yo no lo veo honrar;
pues que por causas viles lo veo despreciar,
estoy en desconsuelo, no me puedo alegrar;
mas en lo que Dios es, estoy en confortar.

XL

—Ramón, cuanto hace Dios, lo hace justamente,
y si pone en infierno al malo descreyente,
no debes lamentarte desconsoladamente;
si te aíras porque Dios juzga derechamente,
tu ira es pecado, y faltas malamente,
contra Dios, al amar a quienes falsamente
en contra de Dios creen y son desobedientes.

Si amor bueno y leal en tu pecho hubiese,
muy pagado estarías de que Dios atormente
a quienes contra él culpa a diario cometen,
porque el buen amador nunca reparo tiene
en lo que hace el amado, que en justicia procede.

Mientras así me hallaba sumido en mi tristeza,
y pensaba a menudo en el gran deshonor
que Dios tiene en el mundo por carencia de amor,
tal como un hombre airado que huye de mal señor,
me fui a un bosque, y en él tanto llanto pasó
y desconsuelo, que me dolió el corazón;
pero, porque lloraba, sentí cierto dulzor.

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA